

Notas

UN ANIVERSARIO Y UN SIMBOLO

Por Fernando Marulanda López

En el violento vaivén del vivir colombiano, suelen suceder hechos notables que alcanzan el embargo de la atención nacional. Los precedentes días de mayo diéronle una ocurrencia tal a la ciudad de Manizales, que explotó en un movimiento eminentemente ciudadano de su vitalidad herida. Son ya conocidas las causas inferentes de esa actitud enhiesta.

Mas como las ciudades tienen también su proyección en la historia, bueno es, que los episodios memorables sean, como hoy se dice, sincronizados en un objeto bien acorde con la resonancia que ellos tengan. Se trata de no desapercibir en la memoria muy del todo, una fecha concerniente en buen grado a la conciencia manizaleña. La desaparición de ese colombiano ilustre que se llamó Francisco Marulanda Correa, cuyos tres años fueron cumplidos en el pasado abril. Quiso su destino que en Manizales demorara este Maestro de las Juventudes el tránsito de su persona y su vida. Maestro en la hacedora pedagogía y en la aplicación ciudadana, enalteció con su saber a aquella y dignificó con su ejemplo a ésta. Aunando estos dos ideales conjugó un solo acto de generación caldense que, procerca y luminosa, salió de sus manos limpias de vanidades.

En una Manizales surgida al ámbito nacional en el rescoldo de la guerra grande, que fue buscada en posesión por una cauda fluyente de hombres de empresas, además de ambiciosos aventureros encendidos en el señuelo de El Dorado de sus minas, el sedimento dejado por mil jornadas de guerra colombiana era un limo de fecundación intelectual. Relampagueaba el sino de conformarse aquí un conglomerado mecido en la más escabrosa geografía y empujado a su milagroso equilibrio por la elación del espíritu. La inteligencia asistió al bautismo de esta raza predestinada. Hijos de Antioquia, los hombres nuevos que escalaron esta colina difícil enjugaban el sudor de su conquista con la bendición de la paz. Querían vida nueva. Y la hallaron.

Marulanda Correa venía también de la Antioquia patricia. Partió de Filadelfia su apacible pueblo que sonríe de mansedumbres, y a donde aún no ha llegado, a pesar de conocer el automóvil y la radiola, esa tristeza que se ha inventado Colombia. Lo estrenaron en la vida el fragor de batallas y el encono de los hombres. Fue soldado de su causa. Mas la beligerancia fratricida no le daba gozo. Apacentaba en él la única ambición, que resultó de naturaleza nativa, pues

viniendo de pueblos nacidos en esos nidales palúdicos del bajo Cauca, el resorte de su ánimo era el de una raza de alegre temperancia que había tendido su carácter como un arco en el relente de Dios. Ambicionaba la paz y a ella se empeñó sentando plaza en la enseñanza de ciencias.

Alternó la rectoría de la Normal de Varones de Caldas y del Instituto Universitario. Autodidacta y perenne enamorado del estudio lo movía una dinámica cerebral que regalaba el contagio de su amor por las disciplinas del intelecto.

Su misión lo emplazaba. Había que educar a un pueblo enseñándole las letras y la vida del espíritu. Por ello con una malicia grave, amonestaba a los normalistas que recibían consagración de su voto, al final de estudios, con esta despedida: "Bien señores: ya aprendieron a estudiar; ahora sí, a estudiar para enseñar". Porque en su visión del hombre estimaba que la pedagogía es para hacerlo ciudadano, llenarlo de verdad y cubrirlo de respeto. Muy diferente la suya a cierta moderna pedagogía comerciante que explota la urgencia espiritual del educando; y que en la enseñanza a los párvulos les anega el cerebro en un cúmulo de métodos cambiantes. Amaba a la niñez como el jardín donde aún duerme en gestación la vida.

Escritor vigoroso, iluminaba su pensamiento la luz indeficiente de la verdad católica. A ella se entregó con todos sus arrestos de soldado beligerante, allí sí. Enalteció su formación moral sobre la cual levantaba el amor comunicante de sus conocimientos para sus discípulos. Quería ver hombres de moral inapelable, y por ende personas. "El hombre es libre por definición". De esta tesis espiritua lista pedía él, arrancar al trasiego de la razón y rescatar la vida en la pleitesía que fluye a esa respetable eminencia a donde la semejanza divina sitúa la criatura humana. Fue un convencido jubiloso. Se acuerda uno de la gracia con que Georges Bernanos se ríe de esos convertidos literarios, que poseen —dice— "la especialidad de jactancias donde encuentra su parte el orgullo". Marulanda Correa era un convencido. Y su fe no era de vender ni de exhibir; sino de manifestación ardorosa, de contagio. No tuvo ella palafreneros de linotipo. Fue fe vivida, sentida y alumbrada en el reconocimiento de la propia pequeñez; y en el relámpago de la duda, que hacía su siniestra rasgadura en los corazones de aquellos a quienes supo turbados. En esto, sabía decir con San Agustín, que, "el hombre lleva en sí mismo, de sus peligros, la fecunda fuente, y de sus luctuosos naufragios, la funesta causa". De allí la exquisita capacidad que tenía para la bondad. Curioso era ver, gentes de todas las cataduras y de todos los estratos sociales que lo buscaban, en un de pronto como el confidente de sus problemas y sus pavuras. Dominaba en la conciencia ciudadana sin proponérselo quizá. Se debía ésto, a que los que recibían su enseñanza o a quienes trataba en amistad, percibían una extraña atracción en su persona; un algo de amigo común; cosa violentamente insólita en el mundo. No se la obtiene si no por la humildad que dá la sabiduría. Hay que tener algún signo bendito. Una intuición amorosa suplía en él a la cátedra y al estudio. Luego estaba a cubierto de posibles jactancias.

Todo ello hacía de él un hermano de sus semejantes. En la plaza pública conminaba: "Decidle a un hermano *Raca* y sentiréis abrasada la lengua por las temperaturas del infierno". Y en una época, cuando la política quiso poner malquiste en su ánimo de hombre superior al despojarle de su cátedra en las aulas, se fue con ella, a poner amor en las lóbregas conciencias de las cárceles. "Es preciso llevarles el pan de la piedad a esas almas de infortunio", decía. Iba a enseñarles a leer y a escribir a los criminales, o a los inocentes. Ese era su obsequio de piedad para los caídos.

Seguía pues con su ministerio. En los sótanos horrendos del aislamiento enseñaba a los que nada sabían, sino por las trampas de la vida, del severo ceño de la justicia, o de la grotesca máscara de la injusticia. También de allí lo expulsó la política mediante un funcionario que hizo la amable confesión de que su liberalismo se lo impedía. Cuánta irrisión se ha hecho a la palabra *democracia* en este país. Y esto sucedía en la parcela más libre de la patria. En la tierra de Mario Arana, campeón de las libertades; su contrincante al rojo vivo, pero su amigo fraterno en el corazón de los humildes.

Sus consejos a las gentes parecían charla de parroquia, y eran sabios. Les indicaba abominar del tocadiscos electrónico —al que llamaba el gorgojo del corazón— atendiendo a que ese diabólico invento exalta, para pervertir la persona, los más oscuros sentimientos. Con expresión paternal decía: “Decid las cosas bien dichas. No ultrajéis la palabra con el ultraje ajeno. No infamáis, así os pida el corazón hreido rescatar sus propias vísceras”. Si no usaba el Tu para todos, no era por cosa distinta de respetar en el hombre una entidad igual a la suya; mas en el niño sí, por infundirle la ambición de esa igualdad. Se ha dicho que la palabra es el corcel del pensamiento. Pero es mas bien el acento del acto; y el acto es Dios. Ernesto Hello da alabanza a esa delicadeza projimal del trato diciendo: “El Nombre de Dios es el huésped de la lengua humana”.

Maestro y ciudadano en tal encuadramiento, en su vida se destaca un hecho notable. No ha sido considerado nunca pero es de indudable trascendencia. Si se le mira en cuanto el hombre es, su persona misma, un compromiso con la sociedad que le ha dado elección de primacía. Fue el hecho de haberle trancado el paso en Manizales, al comunismo internacional quitándole la careta. A la altura de 2.150 metros, esta ciudad habitada por una raza inteligente y fresca, apenas sí salía de ese cráter hórrido de una tragedia sólo comparable a la de San Francisco. Fácil halago para la estratégica ideología marxista sembrar aquí su primer vivero para cultivar esa planta que habría de cubrir al mundo como una ortiga. De este modo surgió impetuosa, nutrida en su propia dialéctica y alimentada en un lenguaje de importación, la primera célula comunista en Colombia y tal vez en América Latina. Pero no se trataba en Marulanda Correa de un maestro rural propiamente. Una personalidad enjuta, arreglada para las más altas batallas del espíritu, no podía pasar, sin romperse ella misma, por el resquebrajamiento que amenazó a esta ciudadela de la fe y la civilidad que otros —y él— habían formado.

Claro que ya existía comunismo en Colombia. Comparsas gárrulas pernoctaban hoy sí, mañana no, en algunas ciudades. Trasnochada romería de gitanos con las Marías Canos y los Mahechas etc. Sin cabeza ni vertedero. Extraño, pero algunos saben que Manizales había sido escogida por Moscú, para el parteo de la organización cerebro. Y entonces se oyó la primera voz y se vió la primera arremetida frente a ese caballo de Troya. Solitaria sonó esa voz pero despertadora y dominante. Acontecía que se pensaba, se educaba y se vivía, casi vale decir, en trance ecuménico. Este hombre estaba al pulso de las corrientes del pensamiento universal en todos los órdenes. En una modesta ciudad andina resultaba imperdonable vivir el minuto de la cultura como apenas si le sería dado hacerlo a un hombre culto europeo.

Y la hazaña contra quién? Simplemente contra el camarada *Vieira* y su grupo. No era éste el único líder, ni el ideólogo del marxismo en el país, pero desde entonces tiene la primogénita jefatura indiscutible. Con el tornavirón dado por la mano del maestro sufrió grave desviación en su cometido. Y el país, pese

a cualquiera que sea el plantel político, se ganó por lo menos un plazo inestimable. El Maestro reaccionario y de las escolásticas retrógradas —como en ignorancia suma lo tildaban— puso el índice como un profeta y actuó como un cruzado; con el convencimiento de un estratega de la verdad.

Mas como corresponde a los dinámicos del pensamiento y a los ejecutores del cristiano vivir, sabía ser íntimo. Guardaba la persona del ruido y el contagio del mundo, pues sentía que el mayor peligro está en no hacer nada. Y ese no hacer nada —era para él— trasunto de la multitud, cuya es la ociosa dispersión destructora. De ahí su reverencia al reposo nocturno en el regazo de los libros, o en el cobijo del amor. El hogar es templo de reposo. Repetía con Novalis, que “la noche es la más mala consejera del hombre”.

Un hombre de tal naturaleza tenía que caminar su misión al amparo de algo que no fuera de él; y sin embargo era suyo. La coraza de la fe. Otra vez su fe. El intelecto, la razón, la tarea de la vida; el arranque del hombre y la culminación de su ímpetu mortal. Todo esto cuajado en la idea suprema del infinito, en el dardo de la fe; que es el brillo de Dios clavado en la aleación corrupta de su criatura. Nuestro paladín realizaba esta síntesis de su formación y su conducta. Así lo enseñó con su ejemplo y con su vida. Pensaba él que hay que tomar una posición destacada en la batalla. No morir como el soldado desconocido. Y la vida es la más grande batalla; por eso obraba como obró.

Visionario de profundos embargos, cuando la Pontificia Universidad Bolivariana le otorgó el título Honoris Causa en Filosofía y Letras, su discurso sonó como un anatema, un grito para el mundo doliente en el horno de la conquista atómica. “Parecen romperse los goznes del universo” exclamaba. Expresó la estremecida verdad que más tarde habría de decir Henry Baruc, el científico del primer presidencialato de la muerte —como quien dice— de la primera asamblea de la energía nuclear, cuando sombríamente dijo a sus colegas de ciencia: “estamos aquí para decidir de la vida y de la muerte”. Y ponía hielo en el alma al mundo de la post-guerra este principio del átomo. El mundo, la vida y el hombre, que el Maestro Marulanda cantaba en las páginas de su libro “El dinamismo de la libertad en la formación del carácter”, los veía envueltos en la violácea tarde de la tragedia.

Su ciudad se mantuvo como el refugio de la inteligencia. Restrepo Maya y José M^a Guingue. Jesús Londoño Martínez y Juan José Molina. El gran Nazario Restrepo y Alfonso Villegas Restrepo. Benigno Muñoz y Simeón Santacoloma, le habían enseñado a este pueblo, las letras —las primeras y las de siempre— en la civilidad y el estremecimiento del espíritu. Fundaron ellos la artesanía de la cultura. Valerio Antonio Hoyos el jurisconsulto y pedagogo ferviente, grande orador y gramático. El jesuíta español Milicua trascendental y grave. Valerio Antonio y Francisco Marulanda tiraban el nervio díscolo de la juventud y le metían academia por todos los poros. Sin Universidad de facultades universalizaron la cultura y desde una ciudad chica, formaron gentes de pensamiento y de acción con todas las de la ley, como en los grandes centros culturales.

Consuela el ánimo acordarse de gentes de esa estatura moral e intelectual. Fundaron un departamento en la inteligencia y la familia. En la tierra de sus mayores y con ella. Supieron que la base de la sociedad es la familia y como los de su raza, la de los colonos y conquistadores, la fundaron numerosa y fecunda. Grande y sencilla; honesta y buena. Y jamás vieron que para cumplir este mandato bíblico fuera preciso irse a Europa. Como creen en el altiplano.

Por tales razones el Maestro Marulanda le devolvía a la ciudad su amor, ya en la declinación de su vida, acrecentando aún más la del espíritu. Se le oía decir que hay que hacerse fuerza para vivir en él, y decía verdad. En antes le era fácil al hombre sentir esa atracción. La sociedad actual vive una situación paradójica, si se entiende que el cultivo del espíritu es correlativo a una cimera disciplina de la inteligencia. Pero la sociedad contemporánea la ha entregado al vasallaje de la técnica, a la par que se hunde en una negación letal del espíritu. Cuesta pues, buscarlo a través de la densa niebla del indiferentismo característico de una civilización muriente. Que parece gritar en su desesperanza, que está padeciendo uno de esos trances que preceden al Apocalipsis.

En esta perspectiva del acontecer humano que ofendía con honda pesadumbre su alma de educador, lo sobrecogió la tarde de su existencia. En oración de graves resonancias pronunciada en el paraninfo de la Universidad de Caldas signó su último gesto intelectual clamando por el imperio de la Ley Eterna. “Pensemos ahora en Dios —dijo— y en el dulce imperio de su gobierno y providencia; en esta Providencia y en este gobierno que son el blanco a que apuntan con mayor empeño los enemigos de toda idea religiosa, y de toda organización social que ajuste sus goznes con la fuerza que tiene el pensamiento que se inspira en Dios”. Y concluía: “Nos ha tocado una hora de incompatible aflicción del espíritu, en una baja increíble de la humanidad. Nuestro paso por la tierra ha coincidido con los más pavorosos sucesos y con el desmoronamiento de una brillante civilización. Entre las heridas que han causado el desgaste de la humanidad, están, —como lo dice Paul Valery— “las heridas del espíritu”. Es preciso, pues, que todos —y principalmente la juventud, a quien ha cabido la mala suerte de una herencia empobrecida— nos esforcemos por superar esta etapa de locura producida en el mundo humano por el vacío que él abrió en su seno al rechazar el primado del Absoluto”.

En la ciudad de los “incendiaros” según la fobia capitalina, hay un cementerio simpar de hermoso. Sorprende al visitante, que en un mismo ángulo aparezcan estos nombres lapidarios: José Ignacio Villegas, Valerio Antonio Hoyos, Aquilino Villegas, Pompilio Gutiérrez, Mario Arana, Roberto Vélez Arango y Francisco Marulanda Correa. La vida los agrupó muchas veces en las lides por la ciudad, la muerte los agrupa ahora en el silencio.

EN EL BICENTENARIO DE PETRES

Por Fray Eugenio de Valencia

Petrés, pueblo sito junto al Palancia, próximo a la inmortal Sagunta, fue la cuna de este varón distinguido, llamado en el siglo José Ruig, hijo del maestro albañil del lugar. Desde niño trabajó al lado de su padre, en cuyo oficio salió muy aventajado.

A los 21 años dejó el mundo, ingresando en la Orden de los Padres Capuchinos de Santa María Magdalena de Masamagrel, en calidad de religioso lego, tomando el nombre de Fray Domingo de Petrés. Así es como le conoceremos en adelante.

Habiendo emitido los votos de su profesión religiosa, fue designado morador del convento de San Antonio de Murcia, en cuya academia de artes y oficios perfeccionó los conocimientos que poseía de arquitectura, con admiración de sus profesores.

Habiendo solicitado Carlos IV misioneros capuchinos para que predicasen las misiones, que los expulsados Padres de la Compañía de Jesús predicaban en Cartagena, Antioquia, Tunja, Honda, Mérida, Mompós, Pamplona, Bogotá, etc. etc., entre los 16 capuchinos que embarcaron para Bogotá uno fue Fray Domingo de Petrés. El día 9 de noviembre de 1791 se embarcó en Alicante llegando el 25 a Cádiz; el 7 de enero de 1792 se embarcó con sus compañeros en una polacra, pero un golpe de mar llevó la embarcación a la isla de León, donde desembarcaron, dirigiéndose luego a Cádiz. El 13 de marzo siguiente se hicieron a la mar, llegando a Cartagena de Indias el 25 de abril, y a Bogotá el 1º de agosto del mismo año.

Para los santafereños no había obra más grande que su hermosa catedral, cuyos planos levantó el arquitecto Esquiaqui por el año de 1590. Cuando este templo tocaba ya a su término, una fuerte sacudida sísmica, ocurrida en 1785, derribó la torre y cuarteó el templo. A pesar de lo mal parado que quedó el edificio, se le reparó, y en 1792, día 3 de junio, dos siglos después de haber sido principiado, le consagró solemnemente el arzobispo Compañón.

Como el edificio fuese una amenaza continua por la frecuencia de los terremotos, el virrey Amar, por decreto de 29 de marzo de 1805, mandó cerrarlo al culto y proceder a su demolición.

Al tratar de edificar una nueva catedral, el cabildo designó para que lo representase al muy ilustre señor doctor don Fernando Caicedo y Flórez, de ilustre familia bogotana.

Antes de abandonar el cabildo la catedral en ruinas, deliberó dónde se trasladaría, y la elección recayó en la iglesia de San Carlos, llamada también de San Felipe, que perteneció a los expulsados Padres Jesuitas. Mas para establecer en ella la catedral interina se necesitaba hacer algunos reparos, no menos costosos que difíciles, según el dictamen de los arquitectos consultados, los cuales exageraban las dificultades, exigiendo sumas crecidísimas.

Por este tiempo Fray Domingo de Petrés estaba construyendo para su Orden convento e iglesia en el barrio de San Victorino; además había levantado los planos y construido el Observatorio de Bogotá y desde el río del Arzobispo hasta Bogotá había construido el acueducto, por el cual se dotaba a la ciudad de aguas potables, habiendo construido igualmente en la plaza de San Victorino una hermosa y artística fuente de catorce caños.

Estas obras de carácter público unas y de particulares otras, le granjearon la estimación y el aprecio de los bogotanos. El señor Caicedo, por la indicación del doctor Andrade, después de haber consultado a los más peritos arquitectos del virreinato, consultó igualmente a Fray Domingo de Petrés, de cuya consulta quedó muy satisfecho. Como agradase al señor Caicedo la opinión de Fray Domingo, le encargó inspeccionase la iglesia de San Carlos y diese su opinión, y habiéndolo hecho así Fray Domingo, se le encargó la ejecución de las obras necesarias para habilitar aquel templo para el uso que se intentaba, lo cual hizo Fray Domingo con imponderable economía, sin embarazarle ninguna de las ponderadas dificultades, dejando el templo en disposición de ser inaugurado el 6 de marzo de 1805.

La ejecución de estas obras, tan del gusto de los inteligentes, inclinó las

voluntades y el parecer del señor Caicedo y demás señores capitulares para confiarle las obras del nuevo templo catedral.

Levantados los planos y aprobados por el virrey y el cabildo catedral el 11 de febrero de 1807, comenzó a derribar el primer edificio. La pericia, la habilidad y la ciencia de Fray Domingo se puso de manifiesto una vez más en esta grandiosa obra.

A todos admiraba la destreza y prontitud con que, aprovechando algunas paredes y restos del edificio arruinado, redujo aquella magnífica catedral a la forma más bella y artística que hoy presenta, en donde se admiran las perfecciones del arte juntas con el mayor posible ahorro de gastos y de tiempo.

Los estilos adoptados para el nuevo templo fueron el dórico, el jónico y el compuesto, magistralmente combinados.

En la fachada con tres puertas y dos torres predominan dos estilos: en el primer cuerpo, el dórico, y en el segundo, el jónico.

Las obras iban tan a prisa, que dos años después se terminaron las puertas de la fachada y la cúpula o media naranja. El 21 de noviembre dijo misa en la capilla del Topo el señor Caicedo, con asistencia de los virreyes, de todos los albañiles y de Fray Domingo.

Cuando las obras tocaban a su término, el 19 de diciembre de 1811, víctima de una maligna calentura, rindió tributo a la muerte Fray Domingo de Petrés quien, si no tuvo el placer de ver terminada la catedral, al menos dejó las cosas también dispuestas, que no hubo dificultad para terminar las obras, según él había dispuesto. Cuando terminaron las obras, sobre la puerta mayor se colocó una lápida, que dice así con letras de oro:

“Bajo el título y patrocinio de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, Santafé religiosa prosperará. Año de MDCCXIV. Arquitecto, Fray Domingo de Petrés, capuchino”.

Durante las obras de la catedral, Fray Domingo acometió otras obras que se le confiaron, también de mucha importancia, como la iglesia de San Diego, del convento de Padres Observantes; el convento hospital, de la Orden de San Juan de Dios; el templo de Santo Domingo, de los Padres Dominicos, de Bogotá; el famoso templo de cinco naves de Chiquinquirá, de los Padres Dominicos; el templo de Zipaquirá, y el puente de Serrezuela, en el camino de Honda. Hizo, en fin, otras muchas obras, tanto públicas como privadas, que si por una parte le granjearon el aplauso, no dejaron, por otra, de excitar en algunos la emulación, causándole bastantes disgustos.

Su muerte fue muy sentida por todos, porque sabían que perdían un sabio y un varón benemérito. El duelo fue tan general, que en la ciudad todas las comunidades y cleros celebraron solemnísimas exequias, distinguiéndose, entre todos, el cabildo catedral.

A fin de perpetuar la memoria de este humilde lego capuchino, su retrato se colocó entre los retratos de los arzobispos de Bogotá, llevando al pie la siguiente leyenda:

“Fray Domingo de Petrés, natural del lugar de Petrés, en el reino de Valencia. Profesó en calidad de lego en la religión de los reverendos padres capuchinos. Fue destinado al convento de Murcia, en cuya célebre academia se perfeccionó en la noble arte de arquitectura, mereciendo la primera estimación de aquellos sabios profesores. En los diez y nueve años que vivió en esta capital, se adquirió, con razón, los títulos de benemérito ciudadano, humilde religioso y sabio arquitecto; apenas hay templo, puente, edificio público en esta ciudad y sus in-

mediaciones que no se deba a su dirección, a su total restablecimiento, o a sus reparos y hermosura. El aprovechaba los instantes desocupados y aún la mayor parte de la noche en el servicio de su comunidad, en la oración, recogimiento y demás ejercicios propios de un verdadero hijo de San Francisco. Sus vastos conocimientos en la arquitectura los demostró bien en los hermosos planos que levantó y ejecutó en los templos de Santo Domingo, Chiquinquirá y Zipaquirá y en otras, pero sobre todo en la magnífica obra de esta santa iglesia metropolitana, cuyos planos levantó, ejecutó, y estando ya para concluirla murió, con general sentimiento, en 19 de diciembre de 1811”.

EL CONGRESO DE INTELLECTUALES CATOLICOS

Por Gabriel Henao Mejía

Para los días 5, 6, 7 y 8 de agosto próximo, la Acción Católica de Medellín viene organizando la reunión de un Congreso de Intelectuales católicos colombianos. La trascendencia de esta Primera Reunión Nacional del Pensamiento Católico es indudable y su oportunidad no puede negarse.

Sin embargo, parecerá a muchos innecesaria la convocación de una asamblea de esta índole en una nación en donde el noventa y nueve por ciento de los intelectuales confiesa abiertamente su ortodoxia y acata el hecho —plebiscitariamente legalizado— de que Colombia es católica. Pero cabe preguntar: en realidad el intelectual colombiano ha cumplido una misión católica, ha dado sentido y orientación a su obra con ánimo cristiano? De cierto que tendremos que contestar negativamente si sabemos que la función del intelectual católico no está solo en confesar una fe y mantener su vigencia como una especie de subfondo en la realización de su obra. Porque nos hemos acostumbrado a que el hecho político o el hecho social o el quehacer económico deben juzgarse al margen del cristiano concepto de la vida, neutralizando a sabiendas toda influencia espiritual en la realidad cotidiana, apenas admitiendo —sin precisarla— la verdad normativa que para todas las circunstancias tiene la Iglesia. No pretendemos que nuestro pueblo vuelva a revivir luchas de índole religiosa que no tienen ya razón de ser; sólo aspiramos a que los valores cristianos, aceptados tácitamente, tímidamente en veces, alumbren paladinamente la vida nacional en todos sus aspectos, sean el cauce y la pauta de nuestros prospectos mediatos e inmediatos en lo estatal, en lo social, en la vida familiar y en el proceder de cada uno. Que dejemos de ser católicos literarios, para serlo en espíritu.

Porque se dirá que para oficios catequísticos el intelectual y el artista poco tienen que ofrecer y que su ámbito apostólico es muy reducido. Pero la verdad es muy otra y podemos, con dos ejemplos únicamente, demostrar la influencia del pensamiento en el progreso y perfeccionamiento del nivel religioso de una nación. Respecto a Inglaterra —cerrada hasta hace poco a todo afán intelectual católico— un escritor afirma: “Tal vez porque los viejos campeones de la generación de Chesterton y Belloc desbrozaron el camino, la nueva generación no tiene ya necesidad de ensarzarse en polémicas y puede ya dirigirse directamente al gran público hablando reciamente el lenguaje católico —gracia, sacramentos, mis-

terios, predestinación y libertad, liturgia, etc.— con la seguridad de ser entendida e interpretada. Tal es la actitud de los grandes novelistas católicos, como Cronin, Waugh, Marshall, Burt y tantos otros, resumidos en la figura estelar de Graham Greene. En las obras de estos autores aparece ya una conciencia religiosa madurada y adaptada a la realidad circundante que, superando el estadio de aglutinamiento y auto-defensa, se lanza segura al ambiente tumultuoso de la vida y de las pasiones contemporáneas, y enfrenta los problemas del hombre de hoy a la luz inexorable y cruda de la verdad católica". Un ejemplo más, pasando de lo literario a lo artístico; trasladémonos a Francia —la de Mauriac y Bernanos— y veamos en qué manera el arte católico ha resurgido a la sombra de las más grandes figuras del arte contemporáneo galo. La arquitectura religiosa de la postguerra nos señala a Le Corbusier en la capilla de Ronchamp, a Perret en la iglesia de Havre, a Gillet en la de Reyan, a Vago, le Donné y Pinsard en la basílica subterránea de Lourdes. Y en lo decorativo estrictamente, citemos la decoración y vitrales de Vence por Matisse, de Assy por Roualt, de Audincourt por Leger, de Metz por Villon, de Saint Martin por Le Moal, de Breseu por Manessier, de Reux por Bolt, y tantos más que a la vez que están acoplando el arte religioso a la realidad presente están creando un mensaje de renacimiento en la fe de los franceses e insuflando a la plástica un hálito espiritual de que la había privado el funcionalismo.

Por ello hace falta que el intelectual colombiano afronte los problemas actuales con sentido católico, sin duda el único que puede salvar este resquebrajamiento moral, este derivar sin pausas hacia el caos, esta acre y bárbara historia de los tiempos presentes en la vida nacional. Y por ello la oportunidad del congreso a que arriba nos referimos que ha de ser guía y base para futuros desarrollos de la actividad intelectual nuestra.

Algún escritor contemporáneo al referirse a la indiferencia del mundo intelectual frente a los problemas de los pueblos, decía estas verdades amargas pero vigentes, que ojalá en Colombia logremos apreciar en lo que son: "Solemos decir con firmeza y autoridad, ya con palabras o en silencio, que las desgracias de nuestra generación son desgracias económicas y políticas de las cuales puede apartarse sin peligro el hombre de estudio y de gabinete. Lo decimos con toda la autoridad de los tratadistas políticos del pasado, para quienes las desgracias de los pueblos eran siempre de orden político o económico y ajenas al poeta, al hombre consagrado a la ciencia pura, al artista enamorado de su arte. También lo decimos con la autoridad de los tratadistas de hoy, para quienes todos los fenómenos, cualquiera que sean, son, en teoría, económicos y políticos. Pero por más que así lo afirmamos, no creemos en ello, porque hemos presenciado esas desgracias, las hemos visto hechas carne y lágrimas con nuestros propios ojos. Y hemos visto que las desgracias de nuestro tiempo no son las que los filósofos, los teóricos, los tratadistas nos habían descrito. No son de la competencia exclusiva del hombre práctico, no son algo ajeno al hombre de estudio. Por el contrario, el hombre práctico, sólo él, el hombre que no piensa más que en el estómago y el techo, es el único que puede sin mayor peligro mantenerse indiferente a tales perturbaciones. Las cosas de que él vive y se nutre no se ven amenazadas. El sabio, el poeta, el hombre cuya preocupación son las hechuras de la inteligencia, las moradas del espíritu, ese es el que padece de angustia al corazón, porque lo que peligra son sus propios bienes".

GENOVA Y COLON

Por Jaime Sanín Echeverri

En esta primera tarde de la semana que la Sociedad Dante Alighieri dedica a conmemorar algunas glorias de Italia, no aspiro a cambiar mi oficio ligero de periodista por la ardua gloria de investigador histórico. Por el contrario, sé que estoy hablando no a historiadores sino con hombres y mujeres de cultura media que, como yo, contemplan con alguna curiosidad la plurisecular interrogación en torno a la patria y a la fecha de nacimiento de Colón, pero ninguno de los cuales está dispuesto a perder por esta inquietud una hora de sueño, ni encuentran realmente importancia alguna para su vida en que Colón haya sido genovés o portugués, catalán o mallorquino, gallego o francés, inglés o danés, piemontés o griego, cristiano viejo o judío converso.

Pero esta posición de indiferencia ante la patria de Cristóbal Colón o Colom o Colomb o Coullón no debe confundirse en la ingratitud. Los hombres de este lado del mar sabemos que sin la hazaña de Colón no existiríamos nosotros. Toda la serie imponente de cruces entre hombres y mujeres en más de cuatro siglos y medio, necesaria para que cada uno de nosotros naciese, no habría sido posible sin la aventura de ese hombre que el 12 de octubre pisó tierra en la isla de Guaraní. Es muy cierto que si Colón no llega a América, otro la hubiera descubierto, pero la venida de ese tal, quizás bajo órdenes de distintos reyes y en una época diversa, hubiera determinado circunstancias en todos los hombres que posteriormente vinieron aquí, en todas las mujeres indias que los amaron, en todos los esclavos negros que inmigraron contra su voluntad, y hasta que un solo matrimonio o una sola unión fecunda de sexos hubiera dejado de realizarse por condiciones de espacio o de tiempo, para que la individual existencia de cada uno de nosotros quedase en la mente de Dios, en el reino lívido de lo futurible. Si otro hubiera descubierto a América, así otros hombres y mujeres, tal vez mejores que nosotros, pero ciertamente no nosotros, estarían aquí, serían hoy.

De ahí que podamos afirmar que Colón nació en América, nació en San Salvador el día en que hizo posible nuestra raza, nuestro mestizaje por hablar más exactamente, pues el 12 de octubre no debe ser llamado más "día de la raza" sino el día de la mezcla, por cierto más fecunda, más generosa, más universal que ese concepto estéril y vacío de raza. Qué poco valen unos rasgos fisonómicos y el color de un cuerpo ante la cultura, la religión, la lengua, el planteamiento filosófico de un pueblo ante sus hombres, ante su tierra y ante lo desconocido. Colón no es grande por haber nacido aquí o allá sin su voluntad sino por haber sido con su voluntad el Xto ferens, lazo entre la cultura cristiana y la barbarie gentil de nuestros antepasados de aquende. América es la inmensa prueba de que vale más el factor adquirido, la educación, que el heredado.

Ese sentimiento de veneración por nuestros bienhechores es el que despierta en nosotros la necesidad de rendirle culto y de conocer, ya que no tuvimos la dicha de su persona, la verdad que de ella conserva la historia. Planteamiento diverso del lógico en un historiador europeo, a quien interesan estas verdades por sí mismas como seres extraños a su vida. Al hombre común del pueblo americano interesa la verdad sobre Colón como parte de su vida personal, en función de afecto y de culto.

Hace años, en mayo de 1951, mi empleomanía me llevó a un cargo burocrático en la ciudad de Génova. Era un periodista con pasaporte diplomático. La

indiscreción es virtud en el periodista y la discreción, necesidad del diplomático. Yo iba convencido de que Colón no había nacido en Génova y mi mayor sacrificio era tener que callar, por mi empleo, aquella persuasión. Realmente, como no soy historiador y —peor aún si lo fuese en esta materia tan debatida— no sabía dónde diablos hubiera nacido Colón. Nunca me había preocupado demasiado. En mis lecturas desordenadas y siempre incompletas había oído hablar de muchas patrias suyas. Pero la del kinder, Génova, era la única que había descartado. Las pruebas? Había aprendido claro que Colón nunca habló italiano. Auncuando se dirige a los genoveses, Colón habla en español. Para mi temperamento, acaso más preocupado por la gramática que por la historia, aquella prueba tuvo la virtud de crearme opinión. Llegaba yo a Génova repleto de este convencimiento.

Bajado con mi familia en la estación Brignole sin conocer (semejante en ello a Colón), la lengua italiana, mi primer contacto fue con el conductor de taxi, el “autista” como allá dicen en palabra que nosotros debiéramos adoptar.

—Lléveme a un hotel —le dije.

—Al Hotel Colombia? —contestó.

—Sí.

Pensé que hablaba español, y traté de seguir hablándole, pero ocurre que me había contestado en su italiano, que ha digerido ya la palabra “hotel”, por universal, aunque es más propio de su índole decir “albergo”.

La palabra Colombia había hecho el milagro.

Seríamos tan famosos o tan característicos mi familia y yo que con solo vernos hubiera sabido uno de estos inteligentes autistas italianos que procedíamos de Colombia? No. Llegados al Hotel Colombia nos dimos cuenta de que era el más importante, el más caro, de la ciudad. Lo obvio en un chofer es ofrecerlo. Frente a él está el importante monumento con la leyenda “A Colombo, la patria”.

La primera impresión de Génova es hostil, casi impenetrable. Demasiado escarpada sobre el mar de la Liguria, los sucios y altos muros escuetos no se elevan al cielo por voluntad de conquistar la altura sino con rabia de la escasez de tierra plana. Dante la llamó “superba” y cada habitante suyo parece convencido de que la soberbia es una virtud. No hay nada allí de la hospitalidad romana que hace sentirse romano, como en alguna manera lo es, a todo el que llega dentro de los muros de la ciudad eterna. Por el contrario, este puerto cosmopolita tiene algo de repelente y de antipático para todos. No es ciudad que viva del turista sino del tráfico. Quien llega allá lo hace generalmente por necesidad de sus negocios, y lucha por hacer lo más breve su permanencia, entre el trabajo, el trajín y el ajeteo de las aduanas y la acelerada manera de los mercaderes. Una pared del mar. Todo invita allá a viajar y no a quedarse. La fontana de Piazza de Ferrari es inmensa pero no bella. No hay una sola línea que se salga del plano de una copa más ancha que la del champagne. Después de ver en Roma todas las curvas decorativas en las fuentes innúmeras, encontrar este símbolo negro de la ciudad de Génova, su gente afanada, su mar sin playa y sin peces pero con un puerto que puede atender simultáneamente cien barcos, todo hace pensar que la dulzura de Italia tiene un paréntesis, este golfo de acantilados.

Lo único distinto del prosaico ganarse la vida era la presencia de Cristóforo Colombo en los jardines y en los museos, en los cafés y en los baños. Ese para mí personaje sencillo sacado de documentos, cuyo único mérito era una no muy exacta sinonimia con Cristóbal Colom, el catalán quizás, o sea con nuestro

Almirante Cristóbal Colón, el grande hombre auténtico que, para la historia, nació en América.

Todos los genoveses sabían que estaban celebrando el quinto centenario del natalicio de su Cristóforo Colombo. En la misma Italia era patente cierta indiferencia, cierta complacencia con el orgullo, con la soberbia genovesa. En la propia Liguria, las otras ciudades y aldeas que se han contagiado de la manía genovesa de ser la patria de Colón hacían sus desfiles con trajes del siglo XV. Y el mundo era completamente indiferente a estas celebraciones. Ni siquiera nuestro país, que lleva el nombre italiano o genovés del descubridor, movió un dedo en el presunto centenario, aquí donde somos centenaristas de oficio y condición. El mundo, como yo, no sabe dónde ni cuándo nació Colón. A eso han llegado los historiadores con la más encarnizada y duradera de las polémicas.

Pero en esta Génova de comerciantes aristócratas y plebeyos nadie dudaba de que era el quinto centenario. Se limitaban a pelearse barrio con barrio, calle con calle, casa con casa, a ver cuál era el sitio exacto del natalicio. Cerca de la Porta Soprana, sobre uno de los paredones derruídos casi del todo, alinde con la columnata diminuta y preciosista de un claustro en ruina, la leyenda en latín deja entender que allí estuvo situada la más probable casa... de Colombo. Y efectivamente allí vivió en 1451 Domenico Colombo, un tejedor de lana de mala suerte, cuyo oficio no le permitía sostener decorosamente su familia, por lo cual tenía que mezclarle cuándo el cargo de guardián de esta puerta o de la oriental de Sant'Andrea, cuándo el mester de tabernero, y alguna vez pagar con sus huesos en cárcel las deudas no pagadas. Hombre que tenía que cambiar de residencia y de oficio, mala paga, pero protegido por los buenos frailes y por algunos señores del municipio de Génova para que su familia, ya que no propietarios ni buena cardadora, tuviese techo y jornal conque sobrevivir. Varios hijos, y el primogénito Cristóforo tan buen muchacho que apenas de 19 años, sacó de la cárcel a su padre, donde estaba por la deuda aquella a Gerónimo del Porto.

Pero qué prueba hay de que este Cristóforo Colombo sea Cristóbal Colón?

En la Mostra Colombiana, con los pabellones de todas nuestras patrias, celebrada con la gracia con que saben hacer exposiciones los italianos, en el antiguo palacio del Banco de San Jorge, tenían exhibidas las grandes pruebas en originales. En el codicilo testamentario de Valladolid en 1506. El Almirante vencido por la vida y no por otro enemigo, ordena pagar al tal Gerónimo del Porto la deuda a que fue condenado con su padre cuando tenía 25 años. Van corridos 36 sin que pueda pagar la mora de un obrero: veinte ducados. Como Gerónimo del Porto ha muerto se le deben pagar a sus herederos. El árbitro, con el cual se desató la desavenencia, condenó a los Colombos a pagar 25 libras genovesas. Ante el notario de Génova, Juan Calvo, que tenía que escribir en latín para que la transacción tuviese valor, es Ieronimus de Portu. El testado de Valladolid lo llama Gerónimo del Puerto porque habla en español. Así la una parte era "Dominicus de Columbo et Christoforus eius filius" en la latinización curial del 28 de septiembre de 1470, mientras para el otro es el Almirante del Mar Océano y Virrey de las islas y Tierra Firme, Cristóbal Colón o Xto. Ferens.

Este argumento no sabía yo rebatirlo a mi otro yo, tan seguro de que no había relación alguna entre Cristoforo Colombo y Cristóbal Colón. Pero es taba convencido de que los graves autores que han estudiado con tanta seriedad tendrían ya escrita la refutación. Sin embargo dejó en mí una duda, en mí que hasta entonces no había dudado de que Colón no era oriundo de Génova.

Cayó entonces en mis manos el libro monumental publicado por la Città di Genova bajo el escueto nombre de Colombo - M.C.M. XXXI Anno X. E. F.". Pertusso, el alcalde de Génova, perteneciente al partido comunista, ilustre profesor universitario, al regalármelo, se ruborizó cuando le hice ver que era burda la cancelación o tachadura con la cual, en la portada externa e interna, habían pretendido borrar la alusión al fascismo. Por lo demás hay tantas cosas iguales en Italia. Los puentes, las estaciones ferroviarias, los arcos que señalan la entrada de las modernas autopistas dejan ver que fue cincelada la piedra y aplanado el altorrelieve en que el fascismo había dejado un monumento sobre su acción histórica. La casa del popolo, en que los sindicatos comunistas tienen su fortaleza, fue generalmente construída por el fascismo. De vez en cuando queda un pedestal ante un rascacielo o un hospital modelo, y ya se sabe que allí hubo una estatua del Duce. En una noche de triunfo, cuando celebrábamos con los ganadores el premio de una exposición de pintura, dado por los comunistas de la Cámara del Trabajo a sus copartidarios participantes, los camaradas, al filo del alba, bajo el efecto del barato vino blanco del país, entonaban el canto *Giovinezza*, ellos que con los primeros sorbos habían cantado en coro la Internacional. "En el fondo nosotros somos fascistas, pero el fascismo de hoy se llama comunismo, es decir odio a los americanos", comentaban.

Aquel libro, que el municipio de Génova imprimió más tarde en inglés y en alemán, no ha sido traducido al español. Ni hace mucha falta porque es el conjunto de documentos en facsímil, gran parte de ellos en nuestra lengua, sobre los que funda Génova su aseveración de ser la patria chica del descubridor.

Era sin embargo más interesante la Mostra Colombiana porque no se trataba de facsímiles sino de originales custodiados celosamente, con el mismo brío con que se defiende una unidad de esa flota mercante italiana que fue condecorada en Génova por el Presidente Einaudi con motivo de aquel centenario. Allí estaban los originales de la tesis genovesa, pero cerca, en un stand magnífico, reposaban también las obras originales, generalmente en su edición príncipe, de cuantos autores afirman tesis opuestas. La honradez de esta presentación de centenares de obras sobre el nacimiento de Colón en tierras distintas de Génova, acaso fue parte a profundizar mi naciente duda en favor de ésta.

Pude ya, con la exposición frente a mí y con el libro en mis manos, seguir la ignorada historia de Gianetto, que en sus catorce años era aprendiz de sastre, bajo la potestad de Antonio Colombo, hermano de Domenico. Este primo hermano de Colón, se reúne con Matteo y con Aminghetto, sus hermanos, y consigue que le paguen, a él que es el mayor, el viaje a España a encontrarse con su tío, "el almirante del Rey de España Cristóforo Colombo".

Y un tal Juan Antonio Colón resulta capitaneando una de las naves del tercer viaje y recibe legado testamentario de uno de los Diegos.

El notario de Savona da fe, en 1501, de que Cristóforo, Bartolomeo y Giacomo, hijos y herederos del difunto Domenico Colombo, están, como es notorio, fuera de los confines de la República de Génova y viven en España. De Bartolomé no queda duda. Y Giacomo es Diego en italiano, pues ambos derivan del padre del pueblo hebreo, cuyo nombre al griego y al latín pasa con modo indeclinable Jacob o con la declinable Iákobos y Iacobus. En español forman Jacob, Jácome, Jaime. La devoción por el santo apóstol hace muy frecuente Sanctus Iacobus, Sanct'Iacobus, Sant'Iago, de donde provienen las formas Santiago e Iago o Yago. Santiago cambia por San Diego, forma muy usual de llamar al Apóstol,

de donde las formas Diago y Diego, la escogida por el hermano del Descubridor al hispanizar su nombre.

Con estos tres documentos acepta Samuel Eliot Morrison en su magnífica obra "El almirante del la mar océano. Vida de Cristóbal Colón" la identidad entre Cristóforo Colombo, el genovés, y Cristóbal Colón, el descubridor de la América. Su fuente, citada por él, es esta misma, el libro Colombo, editado por la ciudad de Génova, aunque, no conociendo el notable historiador naval americano el idioma de Italia, se vale de la traducción inglesa de 1933, lo cual se agrava en la traducción española del Profesor Luis Arosena, porque a veces resultan documentos originales del español, que fueron vertidos al inglés y traducidos nuevamente al español, por no disponer el traductor de los textos originales. Modestia aparte puedo decir a mis oyentes de hoy que no he trabajado, como Morrison y tantos otros, sobre traducciones y facsímiles porque la suerte me deparó ver y palpar los originales, en la Mostra Colombiana, vivir en Génova dos años, conocer desde niño la lengua de la mayor parte de los documentos, el español, haber aprendido el italiano y un poco de latín en que están escritos los restantes.

Quedaba en pie el problema lingüístico, piedra angular de las argumentaciones en cuantos han impugnado el natalicio de Colón en Génova.

Un día de otoño de 1952 se acerca a nuestra casa, a 17 kilómetros de Génova, un hombre descalzo, de más de cuarenta años. En año y medio de esta da, mi familia hablaba italiano lo suficiente para no tener dificultad con ninguno de los interlocutores. Los niños sin embargo no entendieron lo que decía aquel extraño rústico. Tampoco mi mujer. Me acerqué y forcejé cuanto pude por entenderle o por hacerme entender. Todo fue inútil. Llamo a los Miani, parientes del propietario de nuestra casa, piemonteses de origen, pero es en vano. Frente a nosotros vivía, en su estupenda quinta, la familia Simoncini, siciliana. Tampoco le entienden, ni el campesino les entiende. Por fin pasa, hacia la escollera, un niño como de cinco años. Dialoga su naturalidad con la del labriego. Es que ambos hablan el dialecto genovés. Todo es que, como se acerca el invierno, este hombre ha salido de su monte nativo de Pieve Ligure, a ofrecer leños de olivo, los que mejor arden en la chimenea. Nos señala el lejano olivar que corta el horizonte. Como Colón, sabe genovés pero no italiano. Morrison llegó a la misma conclusión partiendo del hecho de que "en un juicio substanciado en Roma hacia 1910, un hombre que hablaba el genovés necesitó un intérprete italiano" (Pág. 41, nota).

Hechos como este son frecuentes en la Liguria, aunque no mucho en la ciudad cosmopolita de Génova, donde el trato cotidiano con gentes de todas las regiones de Italia y del mundo hace necesario el italiano. Por qué entonces, se dirá Colón no escribía en genovés a los señores del Banco de San Jorge? Ahora mismo el genovés nunca se escribe. A duras penas logré hacerme con un librito de escuela en que se traen unas cuantas expresiones dialectales, y esto por el ánimo moderno, artificial de conservar el dialecto. Los genoveses nunca escriben en genovés. Lo hablan siempre en familia y entre ellos. Tarde acordé la importancia de este hecho. Cuando en el autobús que me llevaba de la casa al consulado quedaban cerca dos nativos de la provincia de Génova o de la más amplia región ligure, parecíame no estar en la superba. Aquella gente hosca, antipática, que jamás tiene la flor de una carcajada, tórnase espontánea, chistosa, jocunda, como en cualquiera otra zona italiana. Lo que les ocurre es que, como el dialecto es la lengua de su infancia, la auténtica lengua materna, estos genoveses siguen siempre pensando en genovés. El chiste o la intimidad, la frase de amor y de

confidencia, han de ser en genovés para que expresen cabalmente su pensamiento. Son una gente torturada por la obligación de hablar siempre el italiano, un idioma extranjero, porque su ciudad está invadida, ocupada, de esos extranjeros que son los italianos. Garibaldi logró la unidad política, pero hay hechos sociológicos como este de los dialectos que persisten y durarán aún. Colón era genovés, y es cierto que Génova está en la península italiana, pero políticamente entonces, y por muchos siglos después, la República Marinera de Génova nada tuvo en común con Italia. Mucho menos su lengua. De otros dialectos italianos se entiende algo cuando se está familiarizado con las lenguas romances. En dos años de permanencia en Génova, oyendo hablar todos los días el dialecto, nunca pude entender una palabra. Los lígures no se consideran siquiera latinos. Su idioma ciertamente no es un dialecto romance. Ellos dicen que tiene más de árabe que de latín. Hay en él un misterio lingüístico comparable al euskadi, que tampoco fue lengua escrita.

Lo indudable en el idioma de Colón, tan eruditamente estudiado por el sabio Menéndez Pidal, es que se resiente más de lusitanismo que de italianismo. A la luz de los propios documentos de Génova, Colón residía en Lisboa ya en 1476. Los más antiguos documentos españoles de Colón son dos decenios posteriores. Colón aprendió el español luego de haber aprendido el portugués, y nunca aprendió el italiano. Nada más lógico que los lusitanismos y la ausencia de italianismos. Si se lograra que un solo estudioso de lenguas aprendiera el intrincado dialecto genovés, a buen seguro que resultarían genovesismos algunas de esas enrevesadas frases que resultan inexplicables en el vocabulario del descubridor, y a las cuales no hace referencia Menéndez Pidal, el ilustre presidente de la Real Academia Española. Pero he mencionado solamente pocos documentos porque ellos son los que demuestran la identidad de Cristóforo Colombo con Cristóbal Colón. Aceptada ésta, resulta incontrovertible la aceptación de más de ciento ochenta documentos relativos al nacimiento de Colombo en Génova hacia 1451. Y lo mejor no es esto, sino que la biografía del Descubridor, de la cual se ha dicho siempre que es oscura y misteriosa en sus años mozos, se reviste de un colorido y de una luz que hasta hoy no han sido aprovechados por ningún biógrafo. Todos han dedicado su esfuerzo a esclarecer lo que menos significa, dónde nació. Pero ante la dificultad desprecian los hechos fundamentales. Cómo se hizo marino? Un habitante de Génova o de Savona puede tener dificultad en no hacerse marino, pero no en serlo. Aunque su oficio fuese el de tejedor, como herencia paterna, todo allí habla de navegación. Génova, como Pisa, como la rival Venecia, son serenísimas repúblicas marineras. Pero Génova más que las otras, porque la ausencia de tierra vegetal en sus rocas, apenas deja campo para uno que otro aceituno, y la propia distribución de la naturaleza hace que sus hombres vean el mar desde muy lejos, lo que no ocurre en las demás tierras mencionadas, donde la planicie deja ver el terreno. La montaña sobre el mar hace de Génova y las rivieras de poniente y levante simples balcones sobre el agua. Todos los vecinos avizoran desde lejos las naves. Toda la vida es en función de mar.

Escasa en peces la cercanía, los lígures de la edad media, para su diario vivir, pues su tierra era y es pobre de ganados, tenían que aventurarse mar adentro en busca del yantar cotidiano. Y en la infancia de Colón, en una de aquellas estrechísimas y torcidas calles de las cuales aún se conservan tantas con los nombres de vicio, vícolo, marineros y cartógrafos reputados como los mejores de su época trabajaban a la vista de la población. Ello hubo de suplir en el ado-

lescente los años de universidad que son uno de tantos inventos de Fernando Colón, pretendiendo, como todo nuevo noble, hacer aparecer en su familia una vejez falsa, dado que la antigüedad era la medida de la nobleza, como lo es aún. Y en Italia si no se afirmaban orígenes de ciudadanos romanos, si no se inventaba parentesco con los Colonia, o con los Caullón franceses al menos para encontrar otro almirante en su sangre, los títulos nuevos poco o nada valían, como aún hoy ocurre dondequiera que se conservan aquellas arcaicas, venerables, caducas y absurdas instituciones.

Se ha partido del supuesto de que a Colón le interesaba también mentir sobre su origen humilde genovés. Realmente no encuentro asidero documental para este aserto. Ello puede predicarse sin duda de Fernando, pero no del fundador de la nobleza de su familia, de cuyos propios méritos se originaba, y que bien podía decir, como el romano, con títulos mejores: "Mientras en tí termina la nobleza de tu estirpe, conmigo comienza la nobleza de la mía".

No mentía pero callaba. Es indudable que Colón se hace noble español gracias a su aventura. Una de las grandes dificultades de su empresa fue la de no ser español y la de no ser noble. Por ello no se debe insistir inoportunamente en su origen extranjero y llano. Terceras personas, que no él, ponen en boca suya mentiras jactanciosas, pero nunca se ha podido invocar un documento en el cual contradiga su humilde origen genovés. Antes de su cuarto viaje, en el cual se hace a la mar con tantos compatriotas suyos, escribe al Banco de San Jorge y le da cuenta de un legado dejado a ellos, como representantes que son de su ciudad, ya que el 1º de abril de 1502, víspera de la partida en este último cruceo intercontinental suyo, había otorgado testamento. No recibió respuesta de su ciudad, dicen los genoveses que por extravío, pero yo me inclino a creer que por incuria y soberbia. Lo cual ofendió al navegante y de ello se duele. Pero en la soledad de Valladolid, ante el notario Pedro de Hinojeda, la víspera de su muerte, o sea el 19 de mayo de 1506, Colón refrenda aquel testamento viejo hoy desaparecido, y oigamos de su boca agonizante, según escrito de su puño y letra dado al notario Pedro de Hinojeda, si tenía o no presente a Génova y si en este último episodio pobre y doloroso de la vida del Almirante vuelve o no su mirada a los primeros años de su infancia, pobres y doloridos también:

"Relación de ciertas personas a quien yo quiero que se den de mis bienes lo contenido en este memorial, sin que se le quite cosa alguna de ello. Hásele de dar en tal forma que no sepa quien se las manda dar.

Primeramente, a los herederos de Gerónimo del Puerto, padre de Benito del Puerto, Chanceller de Génova, veinte ducados o su valor.

A Antonio Vazo, mercader Ginovés, que solía vivir en Lisboa, dos mil e quinientos reales de Portugal, que son siete ducados poco más, a razón de trescientos e setenta y cinco reales el ducado.

A los herederos de Luis Centurion Escoto, mercader Ginovés, treinta mil reales de Portugal, de los cuales vale un ducado trescientos ochenta y cinco reales, que son setenta y cinco ducados por más o menos.

A los mismos herederos y a los herederos de Paulo de Negro, Ginovés, cien ducados o su valor. Han de ser la mitad a los unos herederos y la otra a los otros.

A Baptista Espindola, o a sus herederos, si es muerte, veinte ducados".

Este Baptista Espindola es yerno del sobredicho Luis Centurion; era hijo

de Micer Nicolao Espindola de Locoli de Ronco, y por señas él fue estante en Lisboa el año de mil cuatrocientos ochenta y dos.

La ausencia de Colombia, tan ignorada en el viejo continente, me hacía pensar en el navegante onomástico. Toda Génova es de Colón. Las tres carabelas detrás del arco de la victoria cambian de color de un día a otro. Esta superficie de más de trescientos metros en que aparecen dibujadas, es toda de flores. Las matas no están sembradas sobre el talud sino cada una en un tiesto diminuto. Las manos maternas de Génova cuidan de que en el invernadero o al aire libre nunca falte la flor de cada uno de aquellos millares de plantas. Suple en la noche las marchitas, y cuando los cambios de estación hacen que una flor ya no aparezca, sustituye de una vez todos los tientos. Solamente la madre auténtica, como en tiempo de Salomón, es capaz de tanta ternura. Vale mucho más este perenne homenaje floral que la fácil llama siempre ardiente en el centro del arco, homenaje al soldado innotado de la guerra del 14.

Esa antigua iglesia, hoy sin culto, que da al nivel del segundo plano en las modernas edificaciones de la avenida XX Settembre, cerca al puente monumental, por cercana que es a la Puerta Soberana, pudo ser la de la pila bautismal del descubridor. Entonces no se llevaban registros... porque todos, menos los nunca escondidos judíos eran bautizados en Génova, llamada la Città di María Santissima, y tal vez porque ni el párroco sabía escribir. La Iglesia, necesitada ahora de nuevos templos por los bombardeos de la última guerra, celebró con un rico genovés el negocio de que este construyera, a sus expensas, un vasto santuario, hoy el mayor de la ciudad, mucho más amplio que el Duomo de San Lorenzo. En cambio podía aprovechar ese lote alto que da a la principal avenida comercial. Construido el nuevo templo, las autoridades del museo se opusieron. El antiguo es un monumento nacional, puesto que en él pudo ser bautizado Colón. Ni una piedra ha podido demolerse. El rico se va quedando con su inmenso templo propio, la iglesia ha tenido que abrir culto en un incómodo local bombardeado, y la antigua, estrecha, incómoda chiesa de Sant'Estefano responde, desde su nivel inapropiado, una que otra mirada curiosa de los turistas transeúntes.

En el museo naval de Pegli se han reconstruido, con precisión científica, las tres carabelas del primer viaje. El gran rascacielos de Génova, que se precia de ser el más alto y el más funcional de la Europa Occidental, lleva el nombre de Cristóforo Colombo.

Lo importante para entender a Génova es saber que nadie le importa sino Colón. Es tan grande su gloria, que para el niño héroe Balila, apenas tiene construido un monumento discreto, para Andrea Doria que salvó con Juan de Austria la cristiandad de la morisma, una estatua olvidada cerca del Palazzo San Giorgio. Bocanegra apenas si se recuerda por su alta torre erigida en la profundidad de la plebe, cuando ordenó derribar todas las de la nobleza. Sus duques y su gloria marinera medioeval están encerrados en el Palazzo Ducale. Su esplendor religioso, en la vetusta y contradictoria catedral gótica de tiempo de las cruzadas; allí, olvidada casi, está la vasija de cristal del tiempo de Augusto en la cual dicen que Jesús lavó los pies de los apóstoles en la última cena. Allí también se venera según expresión de un profesor de teología, "uno de los cadáveres de San Juan Bautista", pues es fama que los cruzados genoveses lo rescataron, o según otros solamente le cortaron un dedo del pie, al hallarlo en manos musulmanes. Y en San Bartolomé degli Armeni veneran el más antiguo retrato de Cristo, con su barba trifurcada, aquel que, según la tradición de la iglesia armenia, le fue tomado en vida para obtener la curación de un rey leproso. Del paso de Napoleón,

como de Boccanegra, solamente restan las tachaduras de coronas nobles en las tumbas patricias, aun sobre el pavimento de los templos, porque este otro plebeyo también quiso humillar la soberbia genovesa y ser el único noble.

Pero cuando me hube convencido de que existe de veras la religión madre-hijo entre Génova y el Genovés por antonomasia, la ciudad dejó de serme hostil y misteriosa y el alma de Colón en Génova, como el alma de Génova en Colón, mostráronme que toda la aparente antipatía era un marco de meditación austera, como el paisaje grave del mar lo impone.

Creí entender, tendido sobre la roca dura del arrecife, cómo Colón, sin muchas matemáticas ni astronomía ni ciencia náutica pudo deducir —que no inducir— la redondez del globo terráqueo y enfrentarse a la ciencia de entonces y al poder, hasta hallar este camino que por occidente lleva a oriente. La presencia del mar, más que ninguna otra vivencia, trae de por sí la meditación del infinito. Allá donde termina la vista sigue el agua que palpan los navegantes. Y más allá? Agua. Y más allá? Más agua salobre aún. *Mare ignotum*. Pero este proceso de aguas y más aguas no lo admite la mente mediceval hasta el infinito, el cual solo está en Dios y nunca en la materia. Luego el agua del mar había de tener su fin. Qué seguía después? Qué fuerza sostendría en la otra orilla esa mole imponderable de las aguas? Sólo otra playa, ese muro de arena deleznable que puso Dios para contener la ira del mar, según el libro de Job, podría retener su arremetida. Hay tierra al otro lado. El flujo y reflujo son diálogo de dos mundos. Por qué dos mundos? Por qué multiplicar los seres inútilmente? La esfera nos da la solución. Por occidente llegaremos a oriente, el dorado país de las especias.

No serían semejantes las argumentaciones de Colón frente a los sabios escolásticos de su época?

Y esa misma argumentación no vale hoy, cuando la audacia de cada día nos lanza en el telescopio y en el cohete a recorrer los otros mundos? Señores: la materia no es eterna ni infinita sino esférica. Nuestra mente concibe la esfera como un poliedro de infinitos lados, pero este infinito matemático es finito, aunque incontable. La materia, como el mar de Colón, tiene fin. Hay sí detrás de la esfera que la mantiene en equilibrio, más allá de todas las atmósferas, más allá de todos los cálculos, más allá del último poder de nuestra imaginación y de nuestra facultad de concebir, la otra playa de que siempre se ha hablado, la playa de la eternidad, el Alfa y la Omega, el que no tiene principio ni fin, aquel ser cuya esencia es ser, cuyo nombre El que es, Yavé, el omnisciente y el omnipresente, para quien el tiempo y el espacio son accidentes externos, el vivo y verdadero traído por este gigante Cristóbal sobre las aguas. Cuando los *Sputniks* y los *Explorers* apenas se acerquen al satélite, nosotros ya estaremos en el cielo auténtico, desde el cual, cara a cara con Dios, podamos medir la insignificancia del cosmos.

GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ

Por Fernando Gómez Martínez

Pocos poetas colombianos han sido tan estudiados como Gregorio Gutiérrez González, y pocos poetas de provincia han llegado a ser tan conocidos como

él en los círculos literarios de la capital. Para este conocimiento debió de tener buena influencia el hecho de que hubiese estudiado en Bogotá y se hubiese relacionado desde el colegio con quienes después sobresalieron al par que él en el campo de las letras.

Conocimiento y estudios hacen especialmente difícil que un nuevo buceo, en la obra y la vida del artista, no siendo hecho por un crítico de aguda perspicacia, tenga novedoso interés. Después de los ensayos que le dedicaron, Camacho Roldán, Rafael Pombo, José María Samper, Antonio Gómez Restrepo y varios otros, qué podría decirse? En ellos aparece la silueta moral, intelectual y física del gran aeda con pinceladas maestras y se hace resaltar su obra, en la integridad de su valía. Pero hagámonos la ilusión de que la vida de los grandes hombres y los artistas se prestará siempre a descubrimientos, siendo como un campo de mieses, ya hecha la recolección, en el cual puede todavía espigarse. Intento, pues, recoger algunas de las espigas dejadas.

Gregorio Gutiérrez González fue un poeta de escasísima producción de primera clase. Se podría decir, y no soy el primero que lo dice, que lo hicieron gran lirida cuatro composiciones: "A Julia", "Aures" "Por qué no canto" y la "Memoria sobre el maíz en Antioquia". Otras tiene de gran mérito lírico, pero inferiores a aquéllas, y muchas de que podría prescindirse sin que el renombre de poeta desluciera en lo mínimo.

Si su obra artística aparece abundante, fue por las muchas composiciones de ocasión. Perezoso como era y se reconoció él mismo, su obra no hubiera alcanzado sino a pocas composiciones, pero habría mejorado sin duda en calidad. Mas Gutiérrez tenía extensas relaciones y parece fuera singularmente cortés y afable con sus amigas y parientes. Nacimientos, cumpleaños, matrimonios, le ponían la pluma en la mano para cantar. Y de allí resultó aquella abundante producción en álbumes, que como es sabido, vale siempre poca cosa. Sin embargo, poeta completo que rezumaba poesía por los poros, en esas mismas obras de compromiso aparecen versos y estrofas de extraordinaria inspiración.

Tres muestras no más:

En el álbum de la señorita Dolores Argáez:

"Esas memorias de la edad primera
Son siempre bellas porque están lejanas,
Y sus recuerdos nos parecen dulces
Porque los vemos a través de lágrimas".

En el de la señorita Isabel Bunch:

"El palpitar del corazón deshoja
Las bellas flores que la sien ceñían,
Y una corona deshojada hiere
La misma frente que adornaba un día".

Y en el de la señorita Paulina Granados hay esta estrofita en que aparece su concepto sobre los álbumes, quizás su repugnancia a lo que tantas veces tuvo que hacer por deber de amistad:

"El verdadero cariño
Se guarda en los corazones
Y no en las hojas de un libro".

Así aparecen dispersas como gemas, en toda su obra, multitud de versos y de estrofas felices, de las cuales daremos más adelante algunas muestras.

En opinión de todos los críticos, la poesía de Gutiérrez González se distingue por dos notas sobresalientes: la tristeza y el amor.

Un diagnóstico equivocado, que le vaticinaba la muerte con el plazo de un año, ensombreció su vida desde los diez y nueve, y a esa verde edad comenzó a cantar el dolor. Todo era lúgubre en él y no podía ser de otra manera. Quién se hubiera sustraído al pesimismo? Pero ese pesimismo no es desesperación. Es un pesimismo resignado y cristiano, iluminado por la esperanza. Si alguna vez pensaron sus amigos que corría peligro de atentar contra su vida, se equivocaron, porque alma saturada con tanta fe y sostenida por tan firme esperanza no era alma que corriera peligro de sumirse en morbosa angustia y desesperación.

Casi todo es amargo en Gutiérrez González, pero amargura sentida. Si fue romántico, los temas sentimentales no fueron buscados alma afuera, sino que salieron de lo profundo de ella. Fue un poeta triste, pero no fue un poeta llorón. Lágrimas, sí, y muchas, aparecen en sus versos —ya lo hemos visto antes— pero no lágrimas preparadas químicamente en la búsqueda de los temas sentimentales, sino lágrimas brotadas de la peña del corazón.

Quién canta a la vejez a los diez y nueve años? Gutiérrez González:

“¡Ven otra vez, consoladora mía,
Lira por tanto tiempo abandonada!
Tú de mis penas compañera un día,
Presta consuelo a mi vejez cansada...”

Y quién puede celebrar los catorce años de una amiguita con acento como éste, ensombrecido, propio más para condolarse que para congratular y digno más de sentirse que de agradarse?:

“Un cumpleaños debiera
Ser lamentado con llanto
Más bien que con regocijo
Y sonrisas celebrado,
Pues cada año se lleva
Una ilusión, un encanto
Y sólo tristes recuerdos
Dejan los años pasados.
Un año más, es decir
Un año más descontado
Del número de los días
Que nos están reservados;
Un año menos de vida,
Un año más de trabajos,
Mil esperanzas deshechas
Y mil recuerdos amargos.
Si los años venideros
Nos parecen siempre gratos
Es por los recuerdos tristes
Que dejan los que pasaron
Y porque el día presente

Notas

Sólo ofrece desengaños.
Esperamos del futuro
Algún alivio, algún cambio,
Pero ese futuro llega
Sin el consuelo esperado.
¡Y tú en tanto... satisfecha
Porque cumples catorce años!"

En el poema "La Vida" habría de sonar, naturalmente la misma nota. El canto segundo, en que habla de la niñez, tiene inspiración calderoniana, y alcanza asimismo alturas como "La vida es sueño". El gran don Pedro no hubiera desdenado firmarlo:

"Si por ventura una vez
En el porvenir pensaba,
La vida toda juzgaba
No interrumpida niñez.
Pensaba yo, en la demencia
De mi niñez, el placer
Ver con los años crecer,
Y ansiaba la adolescencia.
Juzgaba ¡necio! a los años
Precursores de ventura;
Pero ¡ah! ¡que solo amargura
Nos prestan, y desengaños!
Viví en un mundo aparente
Fantástico, engañador,
En un mundo seductor
En donde el mal no se siente.
Viví en un sueño profundo
De mi infancia en la ribera:
Su perfumada pradera
Era mi gloria y mi mundo".

En fin, cito para dar remate a este apunte sobre la tristeza, estos tres pares de versos, todos ellos felices:

"Que el canto no es placer sino consuelo
Que, a falta de placer, nos presta el cielo".

"Nunca el recuerdo del placer pasado
Alegra el corazón entristecido".

"Que es triste recordar que hemos gozado
Y es triste recordar que hemos sufrido".

La nota del amor aparece singularmente destacada en dos composiciones celebradas universalmente, que son los dos cantos a Julia, de los cuales el primero se lleva la primacía, constituyendo uno de los poemas más inspirados que pueda escribirse en elogio de la esposa. La musa del amor es casta en Gutiérrez González como lo fue en Epifanio. El poeta canta el amor conyugal, no contando para él el amor profano, pues que no puede descartarse tampoco que en la inspiración de otros versos sobre el tema erótico haya estado lejos el pensamiento en la dulce compañera de sus años.

Aquel canto a Julia tiene aliento religioso. Si la epístola de San Pablo señala los deberes que el sacramento impone a los casados para realizar los altos fines del matrimonio, este canto de Gregorio exalta la realidad del amor en la vida del hogar. Es el parte de la gracia actual. En lenguaje de filosofía jurídica podría decirse que la epístola del apóstol es la expresión del "deber ser" y el poema de Gregorio el del "ser".

Entre los dos poemas media un lapso de diez y nueve años. El primero expresa la iniciación del amor, los transportes de los primeros días del estado matrimonial; el segundo, el cumplimiento pleno, histórico del anhelo inicial.

El desarrollo del primer canto toma el tema lírico de una especie de predestinación, en que las dos almas, llegadas a la vida juntas, cada cual con su dote propia: "Llena tú de hermosura y yo de amor", se encontraron: "Nos hallamos por fin juntos los dos". Y son aquellas almas como dos olas que ruedan mansas hacia la misma playa, o como el dulcísimo acorde de dos flautas lejanas que llegan unidas en la noche, o como dos suspiros que se unen al nacer en casto besa de amor, o como el perfume de flores distantes que la brisa mezcla. Y porque todo es así, ella va asida al brazo del varón y jamás teme caer, o enlaza las manos a las del esposo para marchar al porvenir, y el hechicero sonreír de ella hácelo sonreír dichoso, y mirar el amor en su mirada y la ternura en su semblante. —"Que te miren mis ojos siempre así"—. Y porque es dichoso, pide que el pecho de la esposa amada no exhale nunca un suspiro: "Y eso me basta para ser feliz". Y porque la dicha es de tal manera completa, y porque no debe terminar, ni siquiera con la muerte, porque quienes llegaron juntos también deben juntos partir:

¡Que en el sepulcro nuestros cuerpos moren
Bajo una misma lápida los dos!
¡Mas mi muerte jamás tus ojos lloren!
¡Ni en la muerte tus ojos cierre yo".

El segundo canto arranca con la primera estrofa del primero. Va a confirmarse el cumplimiento del anhelo y conviene recordarlo. Han pasado casi cuatro lustros, y lo que hace ya tiempo se dijo se ha visto realizado. Ha transcurrido la vida con todo lo que la vida da. Han llegado los hijos. Triunfos y reveses, menos la muerte prematura, han marcado la vida del poeta. Su inspiración dolorida ha llenado de lúgubres cantos la poesía colombiana. Ha luchado, ha vencido, ha fracasado. "¡Cuántos años pasaron, vida mía, y excepto nuestro amor, todo pasó". Habíale ofrecido el apoyo de su brazo, y ella lo tuvo. Mas en el decurso de la vida, él fue el débil, ella la fuerte. Fue ella como la roca "al sólo y casi naufrago bajel". Orgulloso amor el suyo: basta para su vida haberla amado y amándola siente él que ha llenado su misión y se muestra ufano ante los hombres. Y al final, un como remordimiento amarga su canto. Sabe que la ha hecho sufrir, pero no con desamor. Nunca jamás.

"Fue desigual la unión de nuestros lares:
Yo con mis faltas, tú con tu virtud;
Tú dándome tu amor, yo mis pesares...
¡Oh! ¡Debiste salvarte, sola, tú!

Mas de la vida en la penosa lucha,
Ya en el fin, como yo debes hallar

Notas

Un consuelo supremo: Julia, escucha:
Si no como antes. nos amamos más”.

Gregorio Gutiérrez González fue un poeta popular. El más popular de los poetas colombianos. Don Carlos Martínez Silva anotó que esa popularidad empezaba entre los hombres de letras, y descendiendo a través de todas las capas sociales habría llegado al pueblo en lo que el pueblo tiene de más elemental. El pueblo lo sintió, el pueblo lo entendió y le dio su predilección. Fue por haber cantado el amor? Fue por aquella “Memoria sobre el cultivo del maíz” que tan fielmente copia los trabajos de la numerosa clase campesina? Fue finalmente por haber usado un lenguaje sencillo, al alcance de todos y haber huído de las palabras selectas de que se hacen generalmente los versos? La sola verdad es que su nombre corrió en los labios de toda clase de gentes y que sus versos se recuerdan entre ellas. Don Marco Fidel Suárez, en uno de sus Sueños, dice refiriéndose a este hecho: “Fue muy grande Gutiérrez González como poeta, y eso se demuestra en forma extrínseca, al pensar que de sus versos ha quedado un extracto immortalizado en los recuerdos populares, mucho más copioso que el de otros vates insignes en la historia general de la literatura. Quiero decir que en la obra poética hasta de los mejor inspirados y más perfectos artistas, una es la cantidad o acervo de sus versos, y otra aquella especie de elixir que se desprende de ellos y que como materia acrisolada se deposita para siempre en la memoria del público”.

Nada más cierto. Veamos si no algunos de esos elixires que a cada momento recordamos: Quién, cuando recorre uno de nuestros caminos de montaña, al penetrar en una cañada y encontrarse frente al torrente impetuoso no recuerda el “De peñón en peñón turbias saltando”?

Y quién, al encontrarse con uno de aquellos matorrales tan frecuentes en toda clase de climas y verlos rodeados por el manto de la enredadera florecida, tan general en todos nuestros climas, deja de interrogarse: “Conoces tú la flor de batatilla?”

Y si acosado de calor y bañado de sudor en una de nuestras tierras cálidas empieza a desazonarse, no estalla con el poeta: “O está Jerusalén en tierra fría, o no fue allí donde David cantó?”

Y si al llegar a la posada, tras de una penosa marcha, se ve frente a la mesa servida con las viandas populares antioqueñas, no prorrumpe y dice: “Salve, segunda trinidad bendita, Salve frisoles, mazamorra, arepa?”

O cuando, por estos días que acaban de pasar, compra a la ventera de la acera una de aquellas frutas que los descubridores llamaron de primera vista peras y que en el sur de América llaman paltas, no piensa ver ya sobre el mantel la apetitosa tajada “Blanda, amarilla, mantecosa, tierna?”

Ni olvidar, cuando frente a un hombre de auténtico valor, encuentra que rehuye toda publicidad y trata de ocultarse y escurrirse, que para un hombre así dijo el poeta:

“Como el cocuyo,
El genio tuyo ostenta su fanal;
Y huyendo de la luz, la luz llevando,
Sigue alumbrando
Las mismas sombras que buscando va”.

Así también si tras de unos días de ausencia, o llegando por primera vez se asoma a uno de estos ventanales de la cordillera, sobre el valle del Aburrá

Notas.

(Santa Elena, Boquerón, La Sierra) y ve la capital de Antioquia: "Allí está Medellín, la hermosa villa...".

Pero como no es posible hacerle un comentario a cada uno de estos versos que tenemos sabidos y que queramos o no queramos se nos presentan a la memoria en cada momento oportuno, cito de seguido otros de tales elixires:

"Juntos tú y yo vinimos a la vida"

"Este mundo es un fandango,
Quien lo baila es un zoquete"

"Mi dulce soledad"

"Todos cantamos en la edad primera"

"Basta! Las penas tienen su pudor"

"Buscando en donde comenzar la roza"

"Cantando a todo pecho la guavina"

"¡Oh! Comparar con el maíz las papas,
Es una atrocidad, una blasfemia!"

"Y tú también la fermentada en tarros"

"Esos recuerdos con olor a helecho"

Finalmente, este extracto con que muchos, especialmente algunos sedicentes folcloristas, justifican su pobreza de léxico y su trivialidad:

"Pues como sólo para Antioquia escribo,
Yo no escribo español sino antioqueño".

Desde el punto de vista de la elocución, la nota predominante de Gutiérrez González es la sencillez. En sus versos no se percibe esfuerzo. Es espontáneo y natural. Aquella difícil facilidad de que habló el clásico tiene su modelo en este poeta que con las más comunes palabras logra tan extraordinarios efectos poéticos. Si como lo anotó alguna vez Valencia, y lo practicó siempre, y si como lo enseñan los preceptistas, la lírica exige selección de palabras, especialmente en español, para librar el verso del prosaísmo, Gutiérrez González es la excepción. El lenguaje corriente fue el que le sirvió para hacer sus versos. Estos causan un efecto estético semejante al que se experimenta cuando contemplamos una belleza campesina, fresca, alegre, lozana, vestida de modestas telas, pero limpias, y la vemos moverse con natural pero recatado despejo.

El y entre los modernos líricos colombianos Barba Jacob, tuvieron el don de esta sencillez, en que las cosas más comunes de la vida, dichas en la forma más simple y espontánea, nos conmueven hasta lo indecible. No es admirable en el lirido de Santa Rosa aquello de:

"Señora, buenos días, señor, muy buenos días...
Decidme, es esta granja la que fue de Ricard?"

Así el de La Ceja:

"Forma el viento al mover sus largas hojas,
El rumor de dulzura indefinida

Notas

De los trajes de seda que se rozan
En el baile de bodas de una niña”.

“Los chócolos se ven a cada lado,
Como rubios gemelos que reclinan
En los costados de su joven madre
Sus doradas y tiernas cabecitas”.

Cuelga el gulungo su oscilante nido
De un árbol en las ramas extendidas,
Que se columpia blandamente al viento,
Incensario de rústica capilla”.

Hablando de esta nota dice Pombo: “He aquí, me atrevería yo a decir a nuestros bien dotados jóvenes, lo que os puede servir de modelo para producir cantos de novedad y pureza... Tened ojos para ver lo que aquí miramos, como lo veía nuestro malogrado Gutiérrez; pedidle a Dios algo de ese don de gracia para transformar en música del alma la cotidiana prosa que nos rodea, y me parece que estaréis en mejor camino de duradera celebridad, en Colombia y fuera de ella, que no convirtiéndoos, sin advertirlo, en copias de copias de filosofías y espantajos a los cuales no hay un eco de conformidad individual o social que responda en nuestros corazones”.

Y hablando de la sencillez, anota don Antonio Gómez Restrepo: “El fue todo naturalidad, sencillez, emoción. Sus imágenes y comparaciones, que se desgranaban en sus estrofas como mazorcas del diezmo en troje de campesino rico, salvaban todos los escollos del prosaísmo, de suerte que mientras más trivial parece, es más profundo y más conmovedor”.

Sin embargo, no falta quien niegue a Gutiérrez González su don poético, desconociendo especialmente el valor de la “Memoria”. Algo tiene que ver esta negación con la eterna lucha de las generaciones. “Eso no es —le oí decir a uno de los modernos sobre aquel poema eglógico— más que un tratado de agricultura”. Quien tal decía se equivocaba. El poema del maíz no tiene sentido didáctico ninguno ni carácter científico. Es solamente una bella descripción de las faenas del campo, como podría describirlas y sentir las únicamente quien las vivió. Poesía pura y pura poesía. Ya va a cumplir cien años aquel poema. Lo han elogiado críticos y artistas de distintos sitios del mundo. Lo sigue sintiendo y admirando el pueblo. Y tantos y por tanto tiempo no pueden equivocarse.

Por eso cierto estos demañados apuntes con lo que, ponderando la sencillez de aquella obra extraordinaria, dijo Pombo, cuya autoridad tampoco es dable negar: que si pudiese haber una poesía primitiva cristiana, esa sería la Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia.